

El pleamar del estío y las vacaciones a la vuelta de la esquina me han llevado a reflexionar sobre una serie de manifestaciones psicológicas, relativamente frecuentes y que me gustaría tipificarlas.

El amor es el principal argumento de la vida. Todo se estructura en torno a él. La riqueza, variedades, matices, planos y dimensiones nos hablan de un mar sin orillas. Al adentrarnos en su frondosidad nos abrimos paso entre masas de ideas y pensamientos, buscando cuáles son sus principales claves, para comprender todo lo que se hospeda en su interior. *Las relaciones entre el hombre y la mujer son cualquier cosa menos fáciles.* Qué fácil es enamorarse y qué difícil mantenerse enamorado. Y lo es, porque no hay nada tan difícil y complejo como la convivencia.

Todo arranca de la vivencia del enamoramiento. Enamorarse es decirle a alguien: *no entiendo la vida sin ti, eres parte fundamental de mi proyecto.* Hay una primera etapa, muy interesante psicológicamente, que consiste en dos experiencias notables: tener hipotecada la cabeza (Don Quijote decía de Dulcinea: «la dama de mis pensamientos») y querer a alguien con exclusividad. Donde más se retrata el ser humano es en la elección amorosa, ya que al preferir a una en concreto, se hace una selección en la que influyen muchos factores: desde el momento y la circunstancia en que esto se produce, la edad, las condiciones, el modelo de persona que se anuncia en ese encuentro y lo que Stendhal llamaba la *crystalización*, la tendencia a idealizar y a poner en esa persona más ingredientes positivos de los que realmente tiene. Gómez de la Serna lo decía en una certera greguería: «amor es el deseo de hacer eterno lo pasajero». Dante en su *Vita nuova* dice que la mujer se convierte en educadora del hombre. Es ella un ideal, que va desde la belleza a la psicología, pasando por lo que anuncia y lo que esconde.

Quisiera hacer una observación llegada a este punto. En el mundo Occidental, el hombre se enamora sobre todo por la vista y la mujer por el oído. Cuando al hombre se le pregunta por ella suele decir: es guapa, tiene un gran tipo, llama la atención la belleza que tiene. La mujer tiene una respuesta distinta de él: es inteligente, vale mucho, es una gran persona. En esas afirmaciones se esconde un subtexto que explica lo que antes comentaba. *En el hombre, la belleza de la mujer actúa como un reclamo; en la mujer, la calidad humana y la belleza interior suelen tener un tirón más fuerte.* Esto es para mí una

EL SÍNDROME DEL PENÚLTIMO TREN

ENRIQUE ROJAS

Catedrático de Psiquiatría

cierta regla general, aunque todo hay que decirlo, los tiempos están cambiando y asistimos ahora a sus nuevas manifestaciones.

Hay una serie de errores básicos acerca del amor, que sólo quiero mencionarlos de pasada y que son muy frecuentes: equivocarse en las expectativas, divinizar el amor, hacer de la otra persona un absoluto, pensar que para que una relación funcione es suficiente con estar enamorado e ignorar que antes ó después vendrán crisis a las que habrá que hacer frente. Estas cinco equivocaciones tienen muchos matices, ángulos y segmentos que nos llevarían a salirnos del tema.

¿En qué consiste el síndrome del penúltimo tren? Se da en un 90 por ciento de los casos en el hombre, que se mueve aproximadamente entre los 40 y los 65 años. Él es portador del siguiente discurso hacia su mujer: «te quiero mucho, pero no estoy enamorado de ti; vales mucho, pero yo ya necesito otra cosa; sé que eres buena, pero para mí no eres divertida; eres buena madre, pero a mí me cansas; no quiero hacerte daño, pero tengo que ser sincero contigo y decirte que ya no te necesito y me he dado cuenta de que lo que yo busco es una ventana de aire fresco en mi vida afectiva... y creo que aún estoy en el mercado». A veces se añaden otros aditamentos a esta disertación: «soy tan auténtico que yo no puedo estar con alguien de quien no esté enamorado, para mí es un problema de sinceridad, de decir la verdad de lo que pienso; en los sentimientos no se puede mandar, van y vienen». A esta alocución pueden añadirse elementos que adornan y enriquecen la oratoria florentina, que deja en la mujer una reacción de perplejidad, sorpresa, desconcierto.

¿Qué se esconde debajo de esta disertación, qué hay más allá de esas palabras medidas y pensadas y alineadas, qué psicología nos traen, qué significan? Voy a espigar las vertientes que me parecen más sugerentes del caso:

1. Algunos capítulos de textos clásicos sobre el mundo sentimental, hablan de un tema que podría titularse de la siguiente manera: *los afectos desordenados.* Hay algunos manuales ya clásicos que merece la pena dejar sobre la mesa, en donde estas ideas son expuestas, como *Esencia* y

formas de la simpatía de Max Scheler, *Sobre el amor* de Stendhal, *Amor y enamoramiento* de Francesco Alberoni, *El amor en Occidente* de Rougemont, *El amor* de Joseph Pieper, *Los sentimientos* de Maisonneuve, pasando por dos clásicos españoles: *Estudios sobre el amor* de Ortega y *La educación sentimental* de Julián Marías. Todos ellos y otros muchos que he dejado en el tintero ponen de relieve que mantener el amor es una tarea compleja y que entre otras cosas, debe evitar la posibilidad de estar abiertos a otros vientos exteriores emocionales, porque una vez iniciado ese derrotero puede ser difícil echar marcha atrás. Esto va en contra de los aires postmodernos, que han dejado un perdigón permisivo y relativista en el ala, lo que conduce al «todo vale», «haz lo que quieras», «déjate llevar de los sentimientos nuevos que brotan en ti» y cosas parecidas.

2. Detrás de esa explicación hay un fondo maniqueo y cínico. Lo primero significa que las cosas son buenas o malas, positivas ó negativas y no hay más; lo cual tiene un equipamiento lógico mínimo, la estructura del razonamiento salta por sus costuras. Y cínico quiere decir que esa persona defiende en la práctica y la teoría algo denigrante sin ocultarse, sin pudor y a la vez intentando dar lecciones de coherencia; esto es lo notable del cinismo postmoderno, el pretender dar una cierta clase de ética sin sentir vergüenza de ello.

3. *Cualquier tentación de separar la forma del contenido conduce al error, porque la forma es parte del contenido.* Aquí se juega con las palabras, buscadas, medidas y sopesadas, para que den una impresión bien hilvanada. Cualquier hecho puede ser interpretado de muchas maneras, pero debe buscarse siempre lo objetivo, la certeza de los hechos. El portador del penúltimo tren lanza su soflama con la bandera de la subjetividad, saltando las opiniones desde un punto de vista muy particular, que hacen poco accesible el diálogo.

4. Todo esto se da dentro de una *sociedad sin vínculos afectivos*, en donde todo es transitorio, efímero, pasajero, con fecha de caducidad. Cualquier compromiso es vivido como prisión y entonces lo mejor es hacer cada uno lo que quiera, sin hacer daño físico al otro, ya que el daño

psicológico es tan etéreo que nadie puede valorarlo. El mundo de los sentimientos está entonces repleto de fragilidad y pronto a romperse, para volver al individualismo atroz y al hedonismo particular de la urna de marfil.

5. *La nueva conquista afectiva debe tener muchos años menos y es presentada a los demás como un trofeo* y un gol por la escuadra en tiempo de descuento. Se mezcla la crisis de los cincuenta y la cultura light y el contagio psicológico de piruetas parecidas en personajes que suenan. Todo eso forma un cóctel que opera dentro de estos individuos.

6. *Las consideraciones éticas y morales verdaderas han desaparecido* y la pareja es pasto de las llamas. Hay una visión plana de la vida (natural), pero falla la vertiente sobrenatural. Es más, el sujeto que tiene este síndrome, defiende que él es auténtico, volviendo otra vez la malversación de las palabras, al utilizar una lexicografía que se vuelve divertida y atroz, de revista del corazón para pasar una tarde aburrida y llena de sufrimiento.

7. *Auténtica es aquella persona que es coherente, es decir, que hay una buena relación entre la teoría y la práctica en su forma de funcionar.* Que entre lo que piensa y lo que hace hay una correcta proporción, sin contradicciones. Hay una cierta aspiración a la excelencia y a lo noble, a aquello que hace digna a la persona, uno es consecuente, acorde con sus ideas. *Auténtico es el hombre verdadero.*

8. Yo no creo en el amor eterno, creo en aquel que se trabaja día a día, como una tarea de orfebrería psicológica. *El amor maduro es alquimia y magia y códigos secretos y complicidad.* Química y hechicería. Física y metafísica. Ciencia y arte. Corazón y cabeza. Cuando el corazón y la cabeza se contradicen, el ser humano se siente interiormente desgarrado y termina por ser una especie de veleta arrastrado por sus deseos.

9. En Occidente, *la mujer sabe bastante más de los sentimientos que el hombre*, le da ciento y raya por el momento. Un ejemplo de muestra: el hombre finge amor para encontrar sexo; la mujer finge sexo, para buscar amor.

10. *El pronóstico del penúltimo tren no es bueno.* Por lo menos, es reservado. El glosario de argumentos zigzagueante e inciertos construye una sinfonía desigual y paradójica. Y no son otra cosa que crisis de la identidad personal.

El amor verdadero está hilvanado de corazón, cabeza y cultura; sentimientos, razones y espiritualidad. El pensamiento coherente robado a la coreografía.

ES muy frecuente escuchar y leer, incluso a los escritores más cuidadosos con el lenguaje, la expresión «hasta que no...» seguida de verbo en subjuntivo para enfatizar la condición de una expresión negativa. «No pienso entrar en el bar hasta que él no se haya ido» es un ejemplo del tipo de construcción sintáctica a que me refiero. Pero la intención de énfasis no sólo no garantiza una mayor rotundidad de la expresión, sino que, paradójicamente, la anula, pues la doble negación convierte la frase en afirmativa: es decir, que, rigurosamente analizada, el sujeto está anunciando que sólo entrará en el bar

¿HASTA QUE NO QUÉ?

JORGE MÁRQUEZ

Escritor

mientras el otro siga en él, que es lo contrario de lo que pretende decir. Lo correcto, por tanto, sería decir «No pienso entrar en el bar hasta que él se haya ido».

Más clara queda esta contradicción en expresiones ambiguas del tipo «No conse-

guiré ser feliz que hasta que no tenga dinero», donde resulta imposible distinguir si lo que anuncia el sujeto es que será feliz cuando tenga dinero o justamente lo contrario: que sólo cuando deje de tenerlo será dichoso. Peliaguda cuestión en la que el

que habla puede pasar por millonario filósofo con vocación de eremita, cuando en realidad se trata de un desgraciado indigente o un vulgar materialista.

Bromas aparte, el uso de este tipo de expresión debería limitarse a las situaciones en las que realmente la condición sobre la que recae el propósito del sujeto deba ser negativa, como en el caso «No saldré hasta que no llueva», donde el sujeto anuncia que es necesario que deje de llover para llevar a cabo la acción principal, salir. De otro modo, a fuerza de resultar enfáticos, puede parecer que lo que el hablante anhela es empaparse bajo un buen chaparrón.